

2. LA NOCHE DE LOS MUERTOS

Las misiones de exploración partieron hace tres días, y la rutina se va adueñando del campamento.

Los tres grupos se fueron a la vez, la mañana del cuarto día desde nuestro desembarco. Nos reunimos todos en la plaza central para despedirlos en su marcha, unos al norte, otros al este, y otros por último hacia el sur. Los tres capitanes vestían sus armaduras de batalla, bruñidas y relucientes, y junto a cada uno ondeaba el estandarte de su Casa, el oso norteño de la casa Norve, el roble de los Valdam, y la copa de oro de Litigatt. La princesa Inoed, hermana de Aldor, que nos había acompañado desde Arkus pese a las reticencias de su hermano, elevó la tradicional copa de partida, como correspondía a su rango de doncella real, y sirvió vino a cada uno de los tres capitanes, para que bebieran por un pronto regreso sanos y salvos. Inoed era muy hermosa, con su melena roja y sus pecas alrededor de la nariz. Siendo aún unos chiquillos había sido mi primer amor, tras lograr unos besos a hurtadillas en algún rincón oculto del palacio en Talía, y desde entonces permaneció en mi corazón mi admiración por ella, como algo venerado e inasequible. De hecho sospecho que todos los capitanes de Aldor estábamos enamorados, de una manera secreta y sin esperanza, de ella.

Los capitanes saludaron brevemente a Aldor y pusieron en marcha sus compañías en fila de a cuatro. Aunque el rostro del príncipe mostraba una sonrisa mientras despedía a sus hombres, yo supe que en su cabeza resonaban las últimas palabras de la adivina inquietando su alma, pues estimaba a todos sus capitanes por encima de los tesoros. Cada grupo estaba formado por doscientos hombres, por lo que en Ymber quedaríamos novecientos, entre soldados, artesanos y personal vario, que incluía clérigos, cazadores, magos o bardos. Había pocos niños, sólo los necesarios como mozos, pinches o aprendices; los demás esperaban en Arkus con los campesinos y las mujeres, pues sólo las que se dedicaban a la guerra, arqueras o curanderas, habían venido con nosotros, junto con el resto de la tropa.

La marcha de las partidas de exploración sería lenta, pues a la falta de caminos se

sumaba la escasez de provisiones, que los obligaría a dedicar bastante tiempo a cazar y recolectar alimentos. Muchos de los que iban eran exploradores, cazadores o rudos soldados acostumbrados a largas marchas al aire libre cargando equipo, armas y provisiones. Tampoco disponían de muchos caballos, pues pocos habían soportado la larga travesía. Además de la montura de cada capitán llevaban unos pocos para el uso de los mensajeros, aunque ahora iban cargados con mantas y agua. Cuando el último brillo de las lanzas y yelmos desapareció tras la ladera de las colinas dimos la espalda a la empalizada y volvimos a nuestras tareas en el campamento.

Esta noche es la víspera de los difuntos. Los hombres se afanan en los talleres y en lo que espero que pronto podamos llamar sembrados, pues mañana es el día de los muertos y se trabajará lo mínimo imprescindible.

Cuando el sol se oculte los hombres encenderán cirios a la Dama Silenciosa, e incluso los clérigos de Eldor callarán. Aunque el resto del año gobierne el Señor de la Luz, ahora es el momento de supremacía de la diosa de la muerte. Las puertas y ventanas permanecerán cerradas por la noche pues, según cuentan las consejas, con la luna nueva de difuntos las antiguas criaturas de los bosques y los cerros salen a danzar, y ¡ay del mortal que las perturbe! Y aunque esos relatos sólo servían para asustar a los niños en las mansiones de Talía, en esta tierra primitiva y desconocida esos niños ya crecidos, aun los veteranos curtidos en batalla, reviven sus viejos temores y tiemblan acurrucándose bajo sus mantas.

Como es tradición, tras la cena y antes de que todos nos retiráramos a velar por los compañeros caídos y los antepasados, el bardo cantó la historia de la Creación del Mundo. Su voz profunda y modulada narró como Marish, el Gran Padre, dio nombre a los cuatro dioses: Eldor el Señor del Aire, Sarra la Madre Tierra, Leit de las Aguas, y Trako el Amo del Fuego; y contó cómo éstos modelaron el mundo y lucharon por su control. Acompañándose con el laúd, describió el alumbramiento de Vryllia, la primera diosa nacida en el mundo cuando Sarra creó las plantas y los animales, y Eldor les insuffló su hálito vital. Y por fin, golpeando su tambor de piel de cabra, relató cómo nació Ruballa, Dama del Silencio, muerte allá donde Vryllia significa vida. Y cómo las almas de los mortales eran enviadas a la Nada por la Dama, salvo los héroes que eran reclamados por los dioses para esperar junto a ellos.

Aunque el relato de la Creación del Mundo es más largo y prosigue con el nacimiento del resto de dioses, tal como pude escucharlo una vez de boca del sabio Caeneras, esta vez el bardo calló, pues en la noche de difuntos no se narra más.

Ahora estoy sólo en mi tienda y la noche ríe fuera, con voz de grillos y chotacabras. Aunque mis pensamientos deberían ser para los familiares y amigos que ya no están, mi mente se empecina en volver a Eynea, recorriendo los sucesos que originaron nuestro viaje, y esos recuerdos me asaltan manteniéndome en vela.

Decimoprimer día del mes de Sirgga de 6561

Era una mañana de domingo, fresca y húmeda por la tormenta nocturna, a pesar de estar en el mes de Sirgga. Mis pies recorrían los adoquines de la gran plaza esquivando inconscientemente los pequeños charcos entre las piedras, como habían hecho tantas veces cuando era un niño que corría persiguiendo a un amigo o una gallina en fuga. En ese momento me di cuenta que los soldados a mi espalda comenzaban a imitar mi serpenteante rumbo, así que retomé rápidamente el paso militar, recto y serio, antes de que alguien más notara mi infantil desvarío. Al fin y al cabo el acto de hoy era importante, y pronto toda la plaza estaría llena de gente venida para escuchar la proclama real, artesanos, soldados y grandes señores.

Dirigí a los guardias hasta el extremo de la muralla sur, para que ocuparan sus puestos de vigilancia, y volví al puesto de control a repasar de nuevo las órdenes y comprobar que todas las tareas se llevaban a cabo. Ante su desesperación encargué a los mozos que echaran aún más paja en el suelo, por toda la zona de los estrados, y me escapé para ver al príncipe Aldor, que se preparaba en su aposento.

– Angrey – me saludó con la única mano que le quedaba libre mientras Lustus, el sastre real, lo vestía. – ¿Está todo listo?

Sonreí, viendo el esfuerzo que los pajes habían tenido que realizar para ocultar los rastros

de la celebración y el vino de la noche anterior en el rostro de Aldor. En mi caso esos rastros debían ser aún bien visibles.

- Así es, sire - respondí adoptando el tono pomposo y ceremonial que sabía que agradaba a Lustus. - Espero que hayáis disfrutado de un descanso largo y plácido.
- Más lo segundo que lo primero, aunque a todas luces insuficiente - gruñó, y añadió devolviendo el golpe: - el capitán de la guardia es muy considerado al permitirnos venir a verme.

Satisfecho con el empate dialéctico salí del Palacio de las Cien Puertas a esperar el comienzo de la ceremonia. La gran plaza se fue llenando de gente, aunque no me preocupaba pues mi cargo en la guardia de palacio me aseguraría un puesto desde donde podría ver todo el acto. El ambiente era festivo, y la algarabía fue creciendo, pues ya algunos comediantes y saltimbanquis intentaban entretener a los nobles del público, mientras grupos de pilluelos pedían pan o buscaban alguna moneda caída. Otros aprovechaban para vender tortas o pescado ahumado, e incluso en un extremo junto al muro unos músicos comenzaron a improvisar unas gigas con sus cítaras, para acompañar a un malabarista que lanzaba bolas por el aire. Las sonrisas se tomaron en maldiciones cuando las bolas cayeron en un gran charco manchando perneras y túnicas.

Por fin sonaron los clarines y el camarlengo real anunció el comienzo de la ceremonia. Presidiendo toda la plaza desde el centro de la tribuna estaba el Rey Ynerus XIII, con la Reina junto a él, y rodeado por su Guardia Belenia. A su izquierda se hallaban los Ancianos de la Cámara Dorada, sentados en sus palcos según su edad. A la derecha del rey se situaban los miembros de la realeza y pares del reino, también cuidadosamente ordenados según su rango. En primer lugar los príncipes, Besino el primogénito, Aldor junto a él, y por fin la princesa Inoed; luego el Sumo Sacerdote de Eldor, la Hermana Mayor del Gran Templo de Sirgga, el Magno Polemarca, el Canciller Blanco, el

Reino de Eldor

Comandante de los Infantes del Dragón, el Portavoz de la Torre de Magia y algunos otros ministros. Desde la reconciliación con Lenya lograda hacía unos años la embajadora lénica tenía también un puesto reservado entre los consejeros reales.

Una vez el camarlengo hubo realizado la presentación de rigor y enumerado los títulos del rey y de la Casa Sachais, y el Sumo Sacerdote hubo consagrado a Eldor el acto, tomó la palabra el monarca. Su voz siempre le había ganado la estima de su pueblo pues, contrastando con las rígidas frases formales del camarlengo y la altisonante retórica del clérigo, sus palabras sonaban siempre cercanas a quien las oía, con un tono paternal y bondadoso que las hacía parecer sabias e incuestionables, como si la propia diosa Dloose hubiera bajado a explicar los misterios del mundo a los mortales.

Aunque el motivo del discurso era el nombramiento oficial del heredero al trono y futuro rey de Eylenea, Ynerus XIII comenzó recordando brevemente la brillante historia eynea, desde los tiempos antiguos del hundimiento del Imperio Belenio hasta los últimos logros del reino, constituyendo un faro de civilización y conocimiento para todo el continente. Mostraba así que tanto su mandato como el de su sucesor no eran más que breves etapas en un devenir más amplio, que atravesaba los siglos como la Via Marmolina atraviesa las lomas y los valles del reino. El Rey recordó la tradición eynea, que obliga al monarca a nombrar heredero al cumplir los sesenta años, si no ha habido enfermedad o herida grave que haya requerido adelantar el nombramiento, y citó la Ley, según la cual el primogénito del rey es dicho heredero.

Todos los que escuchábamos la proclama estábamos seguros de que el título de heredero al trono recaería sobre el príncipe Eldor, no sólo por ser el candidato más apto y preferido por el pueblo, sino porque también había trascendido y ya era de dominio público que en reunión privada mantenida en la Sala de Mando de palacio se había decidido así, cediendo Besino el trono a su hermano por el bien del pueblo, y con el beneplácito de la Cámara Dorada.

Sin embargo el Rey continuó recitando las fórmulas ceremoniales que marcaba el protocolo, enumerando los títulos y virtudes del príncipe heredero, recordando las máximas que deberán regir su reinado, apoyándose en el amor del pueblo y la sabiduría de los Ancianos, y finalmente deseando que los años que a él le quedaban en el trono sirvieran de ejemplo y guía para el futuro rey. Tras lo cual nombró oficialmente heredero al trono de Eýnea al príncipe Besino, con el nombre de Eucles V, le hizo entrega del anillo de la Casa Sachais, y guardó silencio.

Jamás un discurso real fue tan apegado a la tradición y la costumbre, y a la vez tan inesperado. La muchedumbre fue poco a poco dándose cuenta del significado de las palabras del rey, pero seguían mudos y estupefactos. El camarlengo real reaccionó por fin y proclamó en un gran grito: “¡Viva el príncipe Eucles!”. El público respondió mecánicamente. Entonces el camarlengo pronunció unas palabras de conclusión que nadie escuchó, y toda la plaza comenzó a moverse a la vez, lentamente, en todas direcciones y cuchicheando unos con otros. Pasó una eternidad hasta que la explanada quedó vacía y pude retirarme de mi puesto.

Al caer el sol nos reunimos todos en la *Mina de Burin* como siempre. Esa taberna, con su techo bajo y su decoración kessarea – varias hachas enanas y yelmos de bronce que imitaban adamantio colgaban de sus paredes – se había convertido en escenario habitual de nuestras reuniones nocturnas, en las que regábamos con cerveza enana nuestros planes de cambiar el reino y el mundo. Quizá inconscientemente sentíamos que en ese entorno extranjero y ajeno a todo lo eýneo podíamos hablar y opinar sobre nuestro reino con más objetividad, sin que nuestros comentarios sobre política o estrategia hicieran enarcar la ceja al parroquiano de la mesa de al lado.

Sin embargo esta noche era distinta, se respiraba en el ambiente y en el tono de los que

Reino de Aldor

hablaban. Los ciudadanos con los que nos habíamos cruzado por la calle saludaban a Aldor con un gesto ambiguo, quizá de comprensión, y todos evitábamos preguntarle o siquiera mencionar el tema. Fue Vilent, una vez que estuvimos acomodados en una de las gruesas mesas de roble, el que rompió por fin el incómodo silencio, abruptamente.

– ¡No es justo! – protestó. Aldor hizo un gesto para que dejara el tema, pero su primo continuó. – El pueblo te prefiere a ti, y además estás más preparado.

Todos sabíamos que aquello era cierto. No sólo era el más querido entre su gente, también se había destacado como orador y táctico en la Cámara Dorada, y llevaba dos años como Duque de Guerra. Aunque el jefe nominal de todos los ejércitos es el Magno Polemarca, en la práctica es el Duque de Guerra quien comanda las tropas en batalla, especialmente cuando el Polemarca es ya anciano como era el caso del viejo Lord Veelinor. Durante ese tiempo Aldor había dirigido con éxito varias misiones en la frontera del desierto⁴ y establecido batallones mixtos de defensa con los enanos de Kessara. Sin duda era el héroe más admirado por la tropa.

Además, y aunque no era estrictamente necesario para ser rey, muchos ciudadanos consideraban que el estado físico de Besino no era apto para el cargo, pues cojeaba desde la niñez, cuando sufrió un accidente montando a caballo, y desde entonces sentía temor a los espacios abiertos. De hecho casi nunca se alejaba del Palacio de las Cien Puertas más de unas pocas leguas.

Sólo algunos nobles apoyaban abiertamente el nombramiento de Besino como heredero, aunque las malas lenguas decían que obraban así quienes saldrían beneficiados de que hubiera un rey débil. A pesar de todo ello las leyes del reino eran claras, y el primogénito heredaría el trono salvo que se le declarara incapaz o él mismo renunciara a tal derecho. Repasando los anales eyneos no hallaréis ningún rey no primogénito cuyos hermanos

4 Se refiere al desierto de Ah'mid, al sudoeste de Eynea, hogar de los terribles escorpiones de Amal.

mayores no hubieran muerto más o menos misteriosamente. Sin embargo nadie osó apuntar esa posibilidad al príncipe Aldor, pues jamás se prestaría a semejante infamia.

El giro que habían tomado los acontecimientos en la plaza sólo podía indicar que Besino, por alguna razón desconocida, había cambiado de opinión y había hablado con el Rey, reclamando su derecho a la sucesión y negándose a ceder el trono. Las implicaciones de este inesperado suceso fueron calando poco a poco en los que nos hallábamos reunidos, y no sólo se referían a la situación personal de nuestro amigo y líder, sino al futuro de todo el pueblo eyneo y a los planes que durante tanto tiempo habíamos fraguado e intentado poner en práctica para el reino. Ninguno olvidaba que en repetidas ocasiones Besino se había opuesto al consejo de Aldor en asuntos de estado que considerábamos vitales, como el fortalecimiento de las relaciones y alianzas con nuestros vecinos del oeste, los enanos de Kessara, o el mantenimiento de los regimientos de vigilancia en las fronteras meridionales. Pero sobretodo veíamos peligrar nuestro proyecto de colonización del continente oriental, que hubiera abierto las fronteras de nuestro reino ampliando nuestra presencia a ambos lados del Gran Mar y aliviando la escasez de nuevas tierras de asentamiento y cultivo que la creciente población demandaba.

Desde que hacía tres años Aldor nos contó su plan de extender el reino hacia las ignotas costas de allende, habíamos desarrollado el proyecto, consultado a eruditos y cartógrafos, revisado los requerimientos de tropa y material, acondicionado las naves necesarias y sobretodo habíamos logrado ilusionar a muchos voluntarios e incluso a algunos altos cargos, pese a las palabras en contra que el príncipe Besino y otros habían pronunciado en el Consejo, argumentando que nada debía hacer peligrar la estabilidad del reino. Sin duda hacía mucho que no recorrían las zonas más miserables del reino o hablaban con los que trabajaban en las minas o el campo.

Era cierto que el reino atravesaba en general un momento de calma y bonanza, que

favorecía el intento de expansión, y la población se había recuperado totalmente de las dos grandes pestes del pasado, creciendo a un ritmo que pronto sería insostenible. Y aunque habían pasado mil doscientos años desde la traición de Sha Mazda y las infaustas Guerras Negras contra Númedon, todos sabíamos que la paz no duraría eternamente. Además del fantasma de la guerra civil que nos acechaba desde las grandes revueltas del pueblo hacia tres siglos, todos los informes fronterizos nos advertían de un incremento gradual del poder que regía las terribles huestes de demonios y escorpiones gigantes de Ah'mid. Con Besino como heredero al trono todas nuestras ilusiones parecían desvanecerse, pues el rey nunca aprobaría el plan de colonización mientras aquel se opusiera.

Estos eran los pensamientos que rondaban nuestras cabezas aquella noche, y en nuestras caras se reflejaba la impotencia de ver cómo el futuro del reino se anclaba en la pasividad sin que pudiéramos evitarlo. Entonces habló Meris:

- Vayámonos igualmente – propuso. Y soltando la jarra para enfatizar las palabras con sus habituales movimientos circulares de las manos añadió, – antes de que la gente se conforme. Mientras tu padre siga siendo rey. Convoquemos a todos y zarpemos, que quien quiera nos acompañe. Arribaremos a esas costas y haremos allí nuestro hogar.
- ¡Pero eso sería traición! – protestó Haludan frunciendo sus pobladas cejas.
- No lo sería, si el rey nos concediera licencia. Todos sabéis que la Corona no aprobará una expedición oficial eynea, no después de lo ocurrido hoy, pero ¿y si no fuera algo oficial? ¿y si un grupo de... digamos, contios, se propusiera un viaje de colonización al continente oriental, y algunos solicitáramos dispensa para unirnos a esa aventura?
- Hum, quizás algunos se alegrarían de vernos partir, dado lo improbable de nuestro regreso – Leonel pensaba en voz alta, mientras se atusaba con cuidado su bigote rubio, – pero si se nos unen cientos de voluntarios puede que ya no les parezca tan buena idea.

Reino de Aldor

- Si el Rey decreta tal permiso para los que quieran partir con los contios, no podrán impedirlo luego – opinó Meris.
- Pero seguiríamos atados por nuestro juramento de fidelidad al rey – repuso Haludan.
- ¿Y qué peso tendría tal juramento al otro lado de Mundo? – dijo Duncan hablando por primera vez.
- Bueno, se me ocurre – contesté – que el rey, el nuevo rey, podría enviar allí a un gobernador autorizado con el sello real, y tendríamos que acatar sus órdenes y jurarle obediencia.
- Ya pensaremos qué hacer cuando eso ocurra – contestó Meris. – Ahora lo importante es ponernos en marcha.
- Queridos amigos – Aldor habló por fin. Todo dependía de su decisión. Tras una pequeña pausa sonrió y continuó, – creo que puede salir bien.

Todos suspiramos aliviados, aunque aún no éramos del todo conscientes de las implicaciones del plan que urdiáramos. Aldor siguió hablando:

- Nada nos ata ya a este lugar, salvo su gente. Partiremos a las tierras de allende, y los que así lo deseen podrán acompañarnos. Será un viaje sin retorno – una repentina sensación de aventura y emoción nos embargó a todos al oír las palabras del príncipe. – Esto es lo que haremos. Vilent, tú tienes contactos en los bajos fondos. Te encargarás de financiar la expedición contia. Busca un capitán de barco con renombre, y que sea mínimamente honrado. Será nuestra tapadera y nos acompañará hasta Arkus.
- ¡Esos requisitos son opuestos! – bromeó Vilent.
- Además deberás reunir a los habitantes de Nocia que deseen venir. Angrey, tú te encargarás de que las naves estén listas. Necesitamos muchos barcos, cuyos dueños simpaticen con nuestra causa o estén dispuestos a venderlos baratos. También convocarás

Reino de Aldor

a la gente de Corinois. Meris, viajarás a Roas y al interior para reunir a todos los campesinos, granjeros y colonos que puedas. Adviérteles de que será un viaje de sólo ida, hacia una nueva vida. Duncan, tú hablarás con la tropa, tanto la milicia como los Infantes. Además convocarás a los habitantes de Ftas y Massos.

Guardábamos silencio a medida que Aldor iba organizando el proyecto y asignándonos tareas. Todos éramos importantes, y nadie debía fallar.

- Leonel, además de visitar Peramusa y Empora tendrás que hablar con los gremios: herreros, carpinteros, artesanos, comerciantes, e incluso clérigos y artistas. Cuantos más mejor, aunque dudó que los más ricos y acomodados abandonen sus negocios para venir. Haludan, tú convocarás a la gente aquí en la capital y en Nacorao, además de avisar a tus amigos pastores de las tierras altas. Debéis convocarlos a todos aquí en Talia dentro de... - hizo unos cálculos rápidos - dos meses, antes de la Fiesta de la Luz.
- ¿Qué haras tú? - preguntó Haludan.
- Yo hablaré con el Rey - respondió Aldor tras una pausa. - Debe firmar esa autorización. Además, si queremos que los soldados e infantes puedan unirse a nuestro viaje necesitamos que autorice una dispensa general, de forma que cualquiera pueda venir, sea cual sea el cargo que ocupe en el reino. Tengo que convencerlo como sea.

Los siguientes dos meses fueron de una actividad frenética para todos nosotros. Además de recopilar y preparar enseres y mercancías, el trabajo más arduo fue el diplomático, explicando nuestros planes, negociando y convenciendo, disipando temores y reticencias, y mostrando un optimismo nada realista. Cada uno viajó a las ciudades y regiones donde tenía más amigos, familiares o contactos, y encontró oídos dispuestos entre aquellos con afán de aventuras o que simplemente aspiraban a una vida mejor.

Pronto nos resultó evidente la imposibilidad de que toda la expedición viajara simultáneamente hasta las nuevas tierras. Al desembarcar tendríamos que explorar la zona

y montar unas mínimas defensas antes de que las familias de colonos pudieran llegar y asentarse de forma segura. Pero tampoco podíamos dejar el grueso de nuestras fuerzas esperando en los muelles de Talía, pues en nuestra ausencia muchos comenzarían a echarse atrás, y finalmente pocos barcos se harían a la mar.

Se decidió por tanto navegar todos juntos atravesando el Mar de Eynea hasta llegar a las islas contias, concretamente a la ciudad de Arkus, importante puerto comercial situado en el extremo noreste de la Confederación Contia. Era el punto más lejano, de los relativamente seguros, en el que podíamos hacer escala antes de poner rumbo al nuevo mundo. Desde allí avanzaríamos con unas pocas naves para desembarcar en el continente oriental y establecer un puesto de avanzada, mientras la flota principal aguardaría noticias nuestras amarrada en los muelles.

Vigésimo cuarto día del mes de Lebrak de 6561

Una tarde Aldor me pidió que le acompañara. Se dirigía a la Gran Biblioteca de Talía. Tras atravesar numerosas puertas y descender al menos tres niveles hacia las entrañas polvorientas del enorme edificio llegamos a nuestro destino, un pequeño despacho oscuro y atestado de libros y pergaminos. En el centro se destacaba un pequeño hombrecillo de pelo blanco, iluminado por una gruesa vela que reposaba junto a él, y fumando una pequeña pipa. Se inclinaba sobre un antiguo tomo con tapas de cuero marrón, y murmuraba para sí una tonada repetitiva.

- ¿Caeneras? - llamó Aldor con voz queda. Así que éste era el erudito al que llamaban Caeneras el Viejo. Se decía que sus conocimientos sobre hechos antiguos sólo eran comparables a su desconocimiento de lo moderno.
- Ah, muchacho, pasa, pasa - su voz era suave y trillada como un viejo pergamino manoseado. Me sorprendió el trato familiar que el historiador dispensaba al príncipe,

Reino de Aldor

aunque por alguna razón no parecía del todo inadecuado en aquel lugar.

- ¿Has podido ocuparte de lo que te pedí? – al parecer no era la primera vez que se reunían. Por muy al tanto que procurara estar de los movimientos de mi amo siempre guardaba sorpresas.
- Sí, sí, verás, he seleccionado el lugar donde deberás desembarcar – el erudito recogió un pergamino lleno de garabatos y extraños signos de una mesa cercana y nos lo mostró, como si pudiéramos entender lo que allí estaba escrito. – Será en Mel Angöre⁵.
- ¿Mel Angöre? ¿Qué es eso? – Aldor estaba tan confundido como yo.
- ¿Pero qué os enseñan hoy en día en la escuela? – se quejó Caeneras, – al menos tu amigo el hijo de Festinus debería saber algo, dado su nombre⁶. Mel Angöre es un antiguo asentamiento eyneo, fundado durante el reinado de Casoo III por Telenis el Navegante, como punto de aprovisionamiento de las rutas comerciales hacia Halayad. Al parecer los colonos lograron sobrevivir durante casi dos siglos, tras lo cual no volvió a saberse nada de los habitantes de Mel Angöre. Se cree que algún cataclismo o ataque destruyó el asentamiento, pues aunque los contios tampoco recorren ya aquellas costas con sus naves, encontré una oscura referencia a un tal Suppi, rey desterrado de Ilm, que huyendo de una tormenta desembarcó allí con su carraca y encontró la colonia abandonada y en ruinas.
- No parece el lugar más recomendable para asentarse – objetó Aldor.
- Bueno, aquello ocurrió hace mucho tiempo – Caeneras hizo un gesto de despreocupación con la mano. – Además, el lugar fue elegido por sus características, un buen fondeadero junto a la desembocadura de un río. Y puede que aún quede algo del muelle.

⁵ Refugio del mar, en eyneo.

⁶ Angöre y Angrey comparten la raíz común *ang*, que significa *mar* en eyneo.

- Pero, ¿cómo encontraremos ese sitio? – intervine.
- Daré instrucciones sobre las cartas de navegación a Sibeler, tu amiga la navegante – al parecer Caeneras estaba bastante informado sobre nuestros movimientos. – Además, tengo una pequeña sorpresa para vosotros: he decidido acompañaros en vuestro viaje.

El anciano sonrió con suficiencia, sin duda aguardando nuestro agradecimiento por tal regalo. Aldor quedó sin habla durante unos segundos.

- ¿Estás seguro? – logró articular finalmente, – quiero decir, será peligroso y sin duda tendremos que atravesar innumerables dificultades. Ya no eres tan joven.
- Tonterías – sentenció, – ya he leído todo lo que merece ser leído por aquí – señaló con un gesto vago la biblioteca a su alrededor.

Una sospecha creció en la mente de Aldor.

- Y supongo que el interés por desembarcar en esa antigua colonia no tiene nada que ver con tu decisión de acompañarnos.
- Bueno, no negaré que será una espléndida ocasión para investigar lo que allí ocurrió y buscar viejos archivos o registros.
- Bien, maestro, ahora debo irme. Nos veremos al partir entonces. Adiós y gracias – aún no había terminado el príncipe de despedirse y ya el viejo Caeneras había vuelto a enfrascarse en el libro de cuero marrón. Al parecer sí le quedaba algo por leer.

Vigésimo octavo día del mes de Eldor de 6561

Los resultados de nuestros esfuerzos avisando y convocando a todos aquellos que quisieran embarcarse en nuestra aventura superaron nuestras previsiones más optimistas. Multitud de campesinos, pastores, leñadores y artesanos y, lo que era más importante, soldados y milicianos, ansiaban partir con Aldor, unos por amor al que consideraban debía ser su

soberano y señor, otros simplemente buscando su futuro en nuevos horizontes o una oportunidad de empezar de nuevo.

Mi amo había conseguido que el Rey firmara una dispensa general que permitía que cualquier ciudadano pudiera abandonar el cargo que ocupara para enrolarse en este viaje del que probablemente nadie volvería. Cuando el príncipe Besino y los nobles de su círculo, que por cierto se había ampliado repentinamente tras su nombramiento, se dieron cuenta de la magnitud de la expedición, ya era tarde para impedirlo, máxime cuando el propio rey apoyaba en privado nuestra misión. También la princesa Snoed decidió acompañarnos, por amor a su hermano y quizás porque sentía que su destino la aguardaba al otro lado del mar, y no hubo forma de convencerla de que desistiera.

Quinto día del mes de Pamis de 6561

Cuando llegó el momento de reunirnos en el puerto de Talía pudimos apreciar la envergadura de nuestra empresa: ciento sesenta barcos y unos quince mil voluntarios, hombres, mujeres y niños, además de caballos, ganado, cerdos, aves, perros y otros animales. Las familias venían viajando desde el interior en carretas en las que cargaban todas las pertenencias que podían transportar. La estiba fue lenta, y los veleros tardaron tres días en estar cargados y a punto para levar anclas. Unas horas antes de que la marea estuviera lista y partiéramos, Aldor nos reunió y dijo:

– Antes de partir he de hacer una cosa más. La he pospuesto ya demasiado. Debo hablar con mi hermano – y cabalgó hacia el Palacio de las Cien Puertas.

Ninguno de nosotros supo nunca lo que Aldor y Besino hablaron aquella tarde, y cuando Aldor regresó al puerto nadie osó preguntarle, pues su rostro estaba serio y cansado. Subió a la *Golondrina* y se encerró en su camarote. El resto nos encargamos de organizar la salida de los barcos, bajo las órdenes de Sibeler y los otros maestros navegantes.

Solo cuando las naves comenzaron a salir de la bocana del puerto Aldor subió a cubierta, mandó a Sibeler que detuviera la nave y que virara de modo que el resto de la flota pudiera acercarse y vernos. Cuando las otras embarcaciones estuvieron cerca se puso en pie sobre el puente y nos habló con voz poderosa. Los barcos cercanos repitieron sus palabras a otros y pronto toda la flota supo las nuevas.

- Pueblo mío, este día será recordado durante largo tiempo, pues hoy Eýnea se divide en dos caminos, dos sendas con destinos diferentes. Por un lado los que aquí permanecen, en la patria que los vio nacer; por otro lado los que marchamos en busca de un futuro nuevo. Los años mitigarán el dolor de esta separación, y nuestros hijos crecerán en un mundo distinto al nuestro – el viento transportaba las palabras del príncipe Aldor a gran distancia sobre la mar en calma, y aún hasta las rocas de la costa. – Sé que muchos de vosotros albergáis temor en vuestro corazón, y no es la menor de las causas la incertidumbre sobre vuestros juramentos de fidelidad al Rey y a Eýnea. Pero yo os digo – Aldor cogió algo de su bolsillo al decir estas palabras – que no debéis temer por ello, pues yo sé de vuestro deber, y la Casa Sachais pagará lealtad con honor.

En ese momento el príncipe alzó su mano derecha y todos pudimos verlo. Los quince mil viajeros caímos arrodillados en las cubiertas de las naves ante el Anillo Real de la Casa Sachais, símbolo de la soberanía de Eýnea.

- ¡Lealtad con honor! – repitió en un grito, al que todos respondimos con un estallido de júbilo.

¡Aldor tenía el Anillo Real! El Ojo de Dragón, el gran rubí rodeado de diamantes, brillaba con fuerza sobre el puente de la Golondrina. Esta joya representaba al verdadero señor del pueblo eýneo más que ningún otro objeto del reino. Cómo había conseguido Aldor que su hermano le cediera tan poderoso símbolo era un verdadero misterio, y seguramente

seguiría siéndolo, pero su efecto sobre la flota fue profundo, y aquellos que aún albergaban dudas sobre nuestro viaje, como si fuéramos prófugos que quebrantaban la confianza del poder oficial, quedaron apaciguados y convencidos de que la autoridad legal seguía cobijándonos.

– Atrás quedan las dudas y pesares – continuó el príncipe. – A partir de ahora nuestro futuro sólo depende de nosotros, y será para los que nos mostremos capaces de luchar para conseguirlo. No deseo engañaros, nuestro viaje será duro, y al llegar a nuestro destino no habrá hecho más que empezar, pero es nuestra elección, y con esfuerzo y determinación lograremos forjar un sueño.

Algo me despertó. Durante unos instantes no supe dónde me hallaba. Entonces mis manos extendidas tocaron la gruesa lona de la tienda y mi mente recreó nuestro campamento, Ymber. Salí a medio vestir, con los ojos hinchados de dormir y mi cabeza aún confusa por el vívido sueño en la noche de los muertos. Ya amanecía, y unos gritos venían desde la empalizada. Pude ver cómo traían tres camillas con heridos. Todos los que estábamos allí de pie pensamos que había vuelto a ocurrir otro incidente con un oso, como cuando hace cuatro días el viejo Pecke recibió un buen zarpazo de una gran hembra parda, sólo que esta vez la cosa parecía más grave. Sin embargo cuando el primer herido pasó junto a nosotros pudimos ver claramente la herida que mostraba en un costado. Ninguna zarpa podía hacer aquello, era una herida de espada. El acero había desgarrado la tela y el músculo, rompiendo una costilla.

Logré meterme en la gran tienda que hacía las veces de enfermería justo detrás de la última camilla. Ya se encontraban allí algunos sanadores druidas y un par de clérigos. También estaba Aldor allí, arrodillado junto al herido que parecía menos grave. Éste tenía una flecha con penacho rojo clavada en el muslo izquierdo, y sangraba abundantemente.

– Nos sorprendieron, mi señor – logró decir entrecortadamente, – mientras

cortábamos leña. Pero pudimos matar a dos.

- ¿Quiénes? – preguntó el príncipe, y añadió – ¿humanos?

El hombre herido hizo un gesto negativo con la cabeza.

- Eran feos como trasgos, Alteza, pero altos como hombres – tomó aliento antes de continuar hablando, – y con mucho pelo oscuro. E iban fuertemente armados.

Para corroborar este hecho uno de los que habían portado la camilla alzó ante nosotros un grueso sable de extraña factura. Era como un alfanje largo de hierro oscuro, con una hoja ancha y curva de un filo. La empuñadura era burda, y tenía una pequeña piedra roja incrustada en el pomo. Una voz tranquila resonó desde un rincón de la gran tienda. Al mirar allí pudimos ver al viejo Caeneras sentado con su eterna pipa.

- Orcos – fue la única palabra que profirió.

Magorr

- ¿Todos muertos?
- Sí, sargento. El pelotón de Buhm fue enviado a patrullar la bahía norte y no hemos vuelto a saber de ellos – el ayudante de Magorr, un orco delgado llamado Vej, hablaba rápido. Demasiado rápido, pensó el sargento, al cual a veces le costaba seguirle.
- Han debido encontrarse con esos humanos. ¿¿ dices que los barcos se fueron vacíos?

Vej asintió, y Magorr intentó pensar qué podía significar aquello, pero no se le ocurrió nada. Los barcos sólo traían piratas y tratantes de esclavos, o comerciantes que hacían escala, y ninguno los haría partir para quedarse en tierra. En cualquier caso Magorr estaba contento. Las tropas necesitaban acción, y sin duda las noticias presagiaban que pronto la habría. Hacía mucho tiempo que no participaban en una batalla verdadera, sin contar la cacería del gigante de las colinas hacía dos semanas.

- ¿Quién más falta?
- Tampoco hemos recibido informe del pelotón de Grunt, en la bahía sur – continuó el ayudante. – Debían haber vuelto ayer.
- Manda a buscarlos – ordenó Magorr. Dos pelotones perdidos podrían valerle algunos latigazos si Kirkenash andaba de mal humor.
- ¿¿ qué informe mando al capitán?

A Magorr le entraron unas ganas irrefrenables de golpear a su ayudante, harto de tanta palabrería. En lugar de contestarle, se dirigió al pequeño mensajero que aguardaba las órdenes para partir al campamento Rocarroja.

- Informa al capitán Kirkenash del desembarco de humanos. No olvides decirle que eran tres manos⁷ de barcos. Dile también que aconsejo reunir las tropas y atacar. Ah, y por supuesto... – añadió el sargento – nada de los pelotones que faltan o te desollaré vivo cuando vuelva a verte.

El mensajero se dio la vuelta dispuesto a marchar con el mensaje cuando sonó un cuerno en la atalaya cercana. Magorr cogió su enorme mangual y corrió hasta la orilla

7 Quince barcos.

del pinar, desde donde podía vigilarse el valle que discurría más abajo. Al principio no advirtió nada raro, pero al poco vislumbró el brillo de algo metálico. Al cabo de unos minutos pudo divisar más claramente las formas que se movían en el fondo del valle. Eran muchos humanos, bien armados y pertrechados para la marcha. Caminaban ordenados en filas, sin perder la formación a pesar de lo abrupto del terreno. Cuando estuvieron más cerca pudo ver que su piel era blanca como asquerosos elfos. Muchos llevaban lanza corta, y espada al cinto, y el jefe montaba un caballo prieto.

Magorr pensó al principio contarlos, pero pronto comprendió que perdería la cuenta enseguida, así que se limitó a contar cuánto tardaba la columna de hombres en pasar junto a una gran roca. Magorr contaba muy despacio, y aún así contó cuatro manos. Así que gruñó a sus hombres que se estuvieran quietos, hasta que los humanos hubieron desaparecido hacia el sur. En ese momento propinó un fuerte puntapié al pequeño mensajero, que salió disparado hacia el este para llevar las noticias al campamento.